



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

LA CHICA DEL LIBRO DE CUERO

Inés Cardoso Albarracín



DIPLOMA 2013

LA CHICA DEL LIBRO **DE CUERO**

Inés Cardoso Albarracín

La chica del libro de cuero

por Carinmon

Aquel día la vi por primera vez.

Como de costumbre, la guagua veinticinco iba repleta de estudiantes universitarios, todos con la misma carpeta de colores. Y, como de costumbre, me tocaba ir de pie. Y mantener el equilibrio en un vehículo tan atestado, sin tener nada a lo que agarrarte para evitar salir volando con cada frenazo, no era nada agradable. Así que, como de costumbre, agradecí poder bajarme al llegar al Edificio de Humanidades.

Compadeciendo a todos los que tuvieran que soportar el mal trago de ir en guagua hasta Tafira, me adentré en la facultad sin mirar atrás. Cuando ya estaba en las escaleras, miré la hora. Mi primera clase no empezaba hasta dentro de media hora, así que decidí ir a por un buen café. En vez de subir al segundo piso, bajé las escaleras hasta la salida y me dispuse a recorrer el camino hasta la cafetería.

No había dado ni cinco pasos cuando la vi.

Estaba sentada en uno de los bancos que hay frente a la biblioteca, refugiada bajo la sombra de un árbol. Con las dos piernas cruzadas sobre el banco, su postura era ligeramente encorvada, pues estaba leyendo un libro. El pelo, castaño, le caía sobre los hombros como una cascada de ondas con reflejos dorados arrancados por la luz del sol, ocultando parte de su rostro blanquecino. Llevaba unos vaqueros desgastados, una camiseta blanca, sencilla y, en la cabeza, un gorro de punto azul.

Debía de ser una recién llegada, porque nunca antes la había visto por la facultad.

La observé durante un instante. Lo que más me llamó la atención de su aspecto fue el curioso gorro, más que nada porque en esta ciudad nadie lleva gorros nunca. Y mucho menos en pleno octubre, cuando la temperatura roza los treinta grados a las diez de la mañana. Pero ella, concentrada en su libro como estaba, no parecía ser consciente de nada de lo que ocurría a su alrededor, y mucho menos de la temperatura.

Había algo mágico en su presencia, aunque quizá fuera sólo la manera en la que el resplandor del sol incidía sobre ella pasando a través de las hojas del árbol, causando un juego de luces y sombras a su alrededor. Lo cierto es que, durante unos segundos, no pude hacer nada salvo mirarla, aunque ella continuó enfrascada en la lectura, sin advertir mi presencia. La rodeaba un aura de misterio realmente atrayente, que me hacía querer acercarme más. Y entonces, cuando ya pensaba que jamás podría apartar la vista de aquella chica, alguien gritó mi nombre, liberándome.

Era mi mejor amigo, que me hacía señas con los brazos desde el otro lado del patio para que me acercara. Mediante gestos exagerados me indicó desde su posición que tenía la intención de ir a la cafetería. Divertido por su espontaneidad, me acerqué a él, no sin antes dirigir una última mirada a aquella misteriosa chica del gorro azul.

El examen parcial del día siguiente me traía de cabeza. Aún no había empezado a estudiar y, en menos de veinticuatro horas, de las cuales tendría que pasar como mínimo tres durmiendo, me encontraría sentado delante de una hoja de preguntas que, bien contestadas, supondrían la diferencia entre el aprobado y el suspenso.

Quizá “estresado” no fuera el adjetivo adecuado para definir mi estado en aquel momento. Más bien diría que estaba a punto de darme un ataque.

El reloj marcaba las seis y media de la tarde, y el cielo empezaba a oscurecerse. Las nubes habían sido protagonistas durante todo el día, dejando caer de vez en cuando unas cuantas gotas de lluvia. Un viento helado soplaba sin piedad en todas direcciones, obligándonos a todos a llevar ropa de abrigo.

El invierno había llegado. Y se notaba.

Tras pedir en la cafetería que me rellenaran el termo de café y comprar un par de chocolatinas para sobrevivir a la tortura que estaba a punto de sufrir, me dirigí a la biblioteca enfundado en mi chaqueta de doble forro. Me encontraba a punto de comenzar a subir los escalones cuando volví a verla.

Allí estaba, sentada en el mismo banco en el que la había visto hacía menos de un mes. La postura era la misma, aunque su atuendo había cambiado. Iba mucho más abrigada, enfundada en un grueso jersey de lana y una bufanda que le tapaba hasta las orejas.

De nuevo, me paré un instante a observarla, fascinado. ¿Cómo podía estar allí sentada con el frío que hacía? No había prácticamente nadie allí fuera, a excepción de nosotros dos y algún estudiante rezagado que corría a refugiarse en el interior de alguno de los edificios. Pero ella no parecía tener intención de moverse.

Reparé entonces en que estaba leyendo el mismo libro que la otra vez. Intenté leer el título para saber algo más sobre aquella misteriosa chica, pero las cubiertas eran de cuero liso, sin título impreso. Iba a acercarme un poco más, movido por una imperiosa necesidad de descubrir quién era ella, cuando, de pronto, comenzó a llover. Y, tras un instante de duda, subí a toda prisa los escalones que me separaban del refugio de la biblioteca. Supuse que ella haría lo mismo que yo, sobre todo porque pensé que no querría que su libro acabara empapado y se estropeará.

Pero, para cuando me di la vuelta, la chica ya no estaba.

Marzo había traído consigo la calidez del sol matutino. Y aquella aula atestada de alumnos resultaba muy agobiante. Esquivando a un grupo de chicas que, sentadas en corro sobre las mesas, cotilleaban en ese idioma tan peculiar que utilizan las mujeres cuando hablan entre ellas, me acerqué a la ventana de la clase, abierta de par en par, y apoyé los codos sobre el alféizar. La fresca brisa primaveral me dio de lleno en la cara, moderando mi temperatura corporal. Respiré hondo, llenando mis pulmones del valioso oxígeno que entre todos ya habíamos agotado en el interior del aula.

Cerré los ojos e, involuntariamente, la imagen de la misteriosa chica del libro de cuero inundó mi mente. La había visto un par de veces, siempre en el mismo sitio, siempre leyendo el mismo ejemplar. A veces, en mis ratos libres, pasaba por allí sólo para ver si estaba. Como si fuera un juego. Y entonces la observaba durante un rato, preguntándome cuál sería su nombre, qué edad tendría e incluso qué carrera estudiaba.

No podía dejar de pensar en ella.

Con un suspiro, abrí los ojos. Y, como si la hubiera invocado, allí estaba.

Volvía a estar sentada en el mismo banco, bajo el mismo árbol, y leyendo el mismo libro, aunque yo la observaba desde una perspectiva distinta. Los cálidos colores de su ropa acompañaban al tiempo de primavera, y unas sandalias sencillas decoraban sus delicados pies. Esta vez llevaba el pelo recogido en una larga trenza que caía sobre su hombro izquierdo.

Podría haberme pasado días observándola pasar las páginas de su libro de cuero mientras se mordía distraídamente las uñas, intentando desentrañar desde la lejanía los misterios que ocultaba aquella extraña y solitaria muchacha. Si me hubieran dejado, jamás me habría alejado de aquella ventana. Pero entonces entró en el aula el profesor de mi siguiente clase, y tuve que abandonar mi lugar privilegiado, no sin antes mirarla una última vez, muerto de curiosidad.

¿Quién era ella?

El aula de estudio estaba completamente vacía cuando entramos, algo extraño para una fecha tan próxima a los exámenes finales. Elegimos una mesa cerca de los enchufes para poder cargar los portátiles. La entrega del trabajo era al día siguiente, y no teníamos hecho ni la mitad.

En cuanto los ordenadores estuvieron a punto, nos pusimos a ello. Néstor estaba dando todo de sí, pero yo no lograba concentrarme ni un ápice. No podía dejar de pensar en la chica del libro de cuero. La había visto de nuevo aquella mañana al salir de la cafetería, y desde entonces no había podido quitarme su imagen de la cabeza.

Necesitaba saber quién era.

Oye, Néstor.

—¿Sí? —dijo, sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Quién es esa chica que siempre está sentada frente a la biblioteca?

—¿Qué chica? —preguntó, extrañado, esta vez mirándome.

—Esa que está siempre sentada en los bancos de al lado de la biblioteca. La que está siempre leyendo— le expliqué.

—¿Leyendo?

Asentí.

—David, tío, yo nunca he visto a ninguna chica sentada en esos bancos leyendo.

Su respuesta me extrañó. Ella siempre estaba allí. Tenía que haberla visto alguna vez.

—¿Nunca? Pero... si siempre está ahí...

—Pues ni idea. ¿No has intentado hablar con ella?

No contesté. Tan sólo me limité a fulminarlo con la mirada. Si hubiera hablado con ella, no le habría preguntado.

—Vale, vale. Lo pillo.

Con un suspiro de frustración, volví a enfrascarme en el trabajo, pero, por mucho que lo intenté, no logré centrarme, y mucho menos acabarlo.

La curiosidad que sentía por aquella chica estaba acabando con mi cordura. Necesitaba saber quién era, y necesitaba hacerlo pronto.

Me estaba obsesionando.

Los encuentros casuales se habían convertido en acosos premeditados. Me había pasado los dos últimos meses dando rodeos estúpidos para pasar por su lugar de lectura habitual. Había buscado rincones desde los que podía observarla sin que nadie me viera, especialmente ella. Había ideado cientos de excusas para pasar por delante de ella. Y había imaginado miles de situaciones en las que me acercaba y me sentaba a su lado para hablar con ella.

Pero, por supuesto, aún no lo había hecho.

No es que me diera vergüenza. Nunca he sido tímido, y la verdad es que no era eso lo que me impedía acercarme a ella para entablar una conversación. Era más bien el miedo lo que me paralizaba. Miedo a romper el hechizo, a acabar con la magia. Aquella desconocida se había convertido en la razón por la que venía a la universidad cada mañana, y no quería estropearlo.

Y, sin embargo, Néstor tenía razón. Llevaba ocho meses pendiente de aquella chica, y aún no había hecho nada para salvar la distancia que nos separaba. El curso estaba por terminar, y no podía marcharme de allí sin saber al menos su nombre. Tenía que hablar con ella. Antes de que la situación terminara por consumirme del todo.

Me encontraba terminando mi último examen del curso. En unos minutos sería libre, y por fin podría ir a hablar con ella. No me había resultado fácil tomar la decisión, pero no me quedaba otro remedio. Sabía que si no hablaba con ella, la incertidumbre terminaría por volverme loco. Así que después de una larga noche de estudio y reflexión, por fin me había decidido a dar el primer paso.

Entregué el examen al profesor con una alegría infinita, aunque por dentro los nervios estaban a punto de hacer que me desmayase. Recuperé mis cosas y salí del aula sin siquiera guardar el bolígrafo en la mochila. Recorrí el pasillo a toda velocidad y me precipité escaleras abajo, en dirección a la biblioteca. Tenía muchísimas ganas de preguntarle por fin su nombre. De saber qué libro era el que llevaba todo el curso leyendo. De escuchar su voz.

Pero, cuando salí del edificio, el banco estaba vacío.

Y lo único que quedaba de la chica era el libro con la cubierta de cuero.

La esperé durante todo el día, pero no volvió a por su libro. Cuando la facultad cerró, decidí llevármelo, aunque no lo abrí.

Al día siguiente volví. Me senté en el banco y esperé.

No apareció.

Durante un mes entero, volví cada día y aguardé, esperanzado, a que apareciera. Pero no lo hizo.

Hablé con todos mis amigos, pero nadie sabía nada. Interrogué también a aquellos que no eran amigos míos. En un acto de desesperación, pregunté a todas las personas que encontré en la facultad, pero nadie sabía quién era la chica que se sentaba a leer en aquel banco.

Porque nadie la había visto nunca.

El verano pasó, y en septiembre volví a la universidad. Durante los dos años siguientes llevé el libro de la chica en la mochila, siempre sin abrirlo. Cada día comprobaba si había regresado, pero nunca lo

hizo. Y aun así, siempre conservé la esperanza. Permanecí atento por si aparecía de nuevo hasta el día que me gradué.

Y luego me marché.

Hoy, el libro está en mi estantería. Y aunque ya han pasado muchos años, todavía no lo he abierto. Tampoco he olvidado a la chica que puso mi mundo patas arriba durante mis años de universitario, y de la cual sólo conservo un vago recuerdo y un libro de cuero. Jamás supe de dónde había salido, ni por qué desapareció tan repentinamente. He llegado a pensar que todo fue producto de mi imaginación, pero luego pienso que no puede ser, porque el libro sigue conmigo. Ella era real. Tan real como lo soy yo.

Y aunque nunca supe su nombre, ni su edad, ni qué carrera estudiaba, pienso en ella cada día. Cada instante.

De vez en cuando cojo el libro y vuelvo a la facultad. Me siento en el banco en el que ella solía sentarse y espero. A que algún día regrese a la universidad a recuperar su libro de cubiertas de cuero.

Cuando vuelva, yo estaré ahí para devolvérselo.

Y entonces podré preguntarle su nombre.